



REVISTA BOLETÍN REDIFE: 14 (2) FEBRERO 2025 ISSN 2256-1536
RECIBIDO EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2024 - ACEPTADO EL 13 DE NOVIEMBRE DE 2024

Imaginarios de derechos y deberes fundamentales de paz en los jóvenes de las universidades públicas: una visión sociocrítica y praxeológica para una sana convivencia

Imaginarie of fundamental rights and duties of peace in young people in public universities: a socio-critical and praxeological vision for a healthy coexistence

Wilmar Aníbal Peña Collazos

Gustavo Adolfo Junca

Universidad Nacional de Colombia

Resumen

Con este proyecto se pretende reforzar el diálogo del gobierno con los actores del conflicto y con la sociedad civil, en procura del progresivo desescalonamiento de la violencia armada para favorecer la exponencial confianza en el cumplimiento de los acuerdos de la Habana y lograr en el mediano plazo un clima de confianza para instaurar una cultura de paz en el ambiente de nuestras universidades

públicas y establecer nuevos registros de sana convivencia, desde la pluriculturalidad, en los múltiples escenarios de participación académica de educación superior. El SUE hace ingentes esfuerzos por la transformación cultural en torno a la cultura ciudadana, a la convivencialidad y a hacer cada vez más conscientes los derechos y deberes fundamentales que son necesarios en las universidades estatales. De este proyecto SUE hacen parte la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad Pedagógica Nacional,



la Universidad Distrital, el Colegio Mayor de Cundinamarca y la Universidad Militar Nueva Granada.

Contexto de una dinámica cultural política universitaria: apuestas por la paz

Configurar los imaginarios sociales modernos sobre política, convivencialidad, resolución de conflictos y paz, así como analizar los alcances del fenómeno de la violencia armada desde la visión de los jóvenes para la proyección sensata hacia la construcción de un nuevo ambiente en el ámbito académico de las universidades públicas de mayor y mejor confianza intersectorial y una cultura abierta a la educación con base en los derechos y deberes fundamentales de paz que colocan los mayores retos a la ciudadanía política, legal y social, es toda una tarea formativa no sólo en derechos cívicos de una paz conquistada desde el ámbito académico universitario, es una tarea de alta complejidad que en nuestro caso requiere el dominio de la teoría de campos, del habitus, del arbitrario cultural y de la violencia simbólica, como ejes de análisis de los imaginarios sociales modernos en el ambiente de transformación del país que queremos.

Nuestra población objetiva son los jóvenes universitarios entre 16 y 23 años que, pese a no haber experimentado todo el proceso del período de violencia padecido en el país por más 60 años de luchas cruentas de los grupos armados más destacados en el conflicto endógeno, llevan impreso un tatuaje interno del desarraigo o llevan inmerso los disturbios arquetípicos de una violencia simbólica que han adquirido por herencia o que han saboreado con la amargura de los despojos, la violación, la soledad y el miedo que muchos conciudadanos del desarraigo sienten con el mismo sentimiento que hoy nos une en este evento.

Nos interesa que los estudiantes sean conscientes de los derechos y deberes fundamentales para

establecer las relaciones de paz en el país, que estén políticamente formados en convivencia pacífica, en acuerdos de paz y negociación colectiva de conflictos armados en Colombia y humanamente dotados de las capacidades, principios y valores necesarios para ser agentes del verdadero amor incondicional, del perdón radical o rizomático que transforma realidades individuales y comunitarias, comprometidos con procesos de reconciliación sincera y en la firme procura de un Estado Social de Derecho donde se defiendan los derechos humanos, emplazamientos académicos de defensa de los líderes sociales y se imparta justicia y equidad en el ambiente administrativo de las IES. Con este proyecto, la UMNG está particularmente comprometida con el convenio de integración SUE (SISTEMA UNIVERSITARIO ESTATAL) que establece con todas las universidades públicas, en especial el compromiso de PAZ en todas sus expresiones y niveles. Nuestra universidad está haciendo una apuesta real por la reconciliación y por la genuina paz en el actual proceso de post-acuerdo que firmó las FARC con el Estado Colombiano y que ahora un grupo disidente quiere romper, sin lograr la confluencia necesaria para que se pierda este compromiso del Estado Social de Derecho en nuestra nación.

Desde el proyecto SUE que adelantamos en convenio con las universidades antes nombradas, nos comprometemos a desarrollar una investigación sobre “LA CULTURA DE LA PAZ EN BOGOTÁ-REGIÓN, DESDE LA MIRADA DE LOS ESTUDIANTES DE LAS UNIVERSIDADES PÚBLICAS: SENTIDOS Y SIGNIFICADOS”.

Sabemos que la paz es mucho más que la ausencia de guerra, tiene que ver con un estado de serenidad interna, dicha y encanto por la vida misma y transformación purificadora de la conciencia. Es decir, tiene que ver con la superación de sí mismos, como país y como



ciudadanos; tiene que ver, efectivamente con la reducción o evitación de todo tipo de violencia armada, así como psicológicas o simbólicas, y con nuestra capacidad y habilidad para transformar absolutamente todos los conflictos, para que en lugar de defender cualquier tipo de ataques o de expresiones de violencia o destrucción del otro, podamos estar capacitados para transformar cualquier irrupción caótica de situaciones de conflicto en oportunidades creativas para el pensamiento y el trabajo colectivo, de encuentro, reconciliación, comunicación, cambio, adaptación e intercambio de experiencias de vida que nos comprometan con la defensa de un proyecto común de país, un proyecto de Estado Social de Derecho real y auténtico que se viva y se renueve con las ideas políticas desde el compromiso con el bienestar de los ciudadanos, porque la paz es ahora, es presente y es actuante. Corresponde a los ciudadanos, a los gestores de paz ser promotores de esta fuerza invasiva, para poder multiplicar y propagar la influencia de la paz, tanto en el ámbito urbano como rural.

Con esta investigación nos permitimos repensar el conflicto armado y, por supuesto, las dinámicas para adelantar una promoción cultural de paz. En resumen, proponemos un nuevo modelo frente a la violencia que se ha desplegado en todo el territorio nacional, pretendemos hacer funcional una “cultura de paz”, o una “cultura para la paz” que sirva de bloqueo de miedos e inseguridades, que sea efectiva y que se evidencie en la alegría, la dicha y la felicidad de cada estudiante que como ciudadano disfruta la vida. La paz debe ser un sistema de creencias, que determina unos procesos y unas costumbres, lo cual aliente una cultura renovada en nuevos acuerdos creativos, recreativos y propósitos positivos. Si entendemos la paz como un proceso tenemos que ser conscientes que habrá que desmontar, en primera instancia, todas las falsas creencias, los condicionamientos y costumbres de la actual “cultura de la violencia” que se han ido

incorporado en los distintos ambientes.

En realidad, son muchos los elementos que determinan esta cultura de la violencia en Colombia, cuando se defiende o se respalda la corrupción, cuando convivimos con las malas prácticas electorales, cuando dejamos pasar las mediocres gestiones de los mandatarios que perjudican al bien común, cuando no actuamos proactivamente ante la violación de derechos humanos o cuando no hay compromiso alguno por la defensa de la vida humana, o del medio ambiente, es imposible propender por una cultura sana de convivencia y en paz. Contribuir con la paz debe ser una labor sistémica, que demande las fuerzas integradoras de todos los ciudadanos dentro de un mismo centro de poder transformador para hacer de Colombia un verdadero Estado Social de Derecho.

Como estoy plenamente convencido de que forma parte intrínseca de nuestra naturaleza sentirnos satisfechos cuando damos y recibimos algo de manera com- pasiva o solidaria, hay dos preguntas que me han preocupado durante la mayor parte de mi vida. ¿Qué ocurre que nos desconecta de nuestra naturaleza solidaria y nos lleva a comportarnos de manera violenta y abusiva? Y a la inversa, ¿por qué algunas personas son consecuentes con esta actitud solidaria incluso en las circunstancias más adversas

Un tipo de comunicación que aliena de la vida es aquél en el que empleamos juicios moralistas que presuponen una actitud errónea o malvada por parte de aquellas personas que no actúan de acuerdo con nuestros valores. Estos juicios se reflejan en comentarios como: «Tu problema es que eres muy egoísta», «Es una pe- rezosa», «Están llenos de prejuicios», «Esto es inapropiado». Echar la culpa a al- quien, insultarlo, rebajarlo, ponerle etiquetas, criticarlo, establecer comparaciones y emitir diagnósticos son distintas maneras de formular juicios.



Un imaginario que tiene vida propia: se expande y resignifica

Sin lugar a dudas, creemos que un análisis sobre el fenómeno cultural de la construcción del imaginario social moderno de los jóvenes sobre el sentido de la vida, la significación del proceso de violencia armada en el país en cuanto a la construcción de un referente de paz, no es más que una trágica exteriorización, una expresión cultural o social de nuestros propios valores y necesidades como país. Trágica es en sí misma porque reconoce los valores y necesidades de una colectividad cultural. Hay muchos acuerdos y desacuerdos cuando de hablar de paz o violencia se trata, lo único que adquirimos es un emplazamiento donde se evidencien los sentidos y sentimientos desde diferentes actitudes, o bien algunos estarán en una actitud defensiva, de negativismo y resistencia frente a situaciones y actores de un conflicto que molesta a la colectividad. O bien algunos otros estarán en una actitud abierta, de diálogo y sincronía armónica con los beneficios de ser positivo.

Los jóvenes se atreven a pensar, a sentir y a decir lo que les sucede como protagonistas de una historia inédita de país que busca una salida negociada por las vías de la paz y los acuerdos. Sin embargo, muchos jóvenes que han sufrido los rigores de la desolación, del escarnio, el destierro o la muerte de familiares, tienen aún mucho miedo o de alguna manera se sienten culpables o avergonzados y el precio que nos toca pagar como universidad pública o como país es realmente muy alto. Porque en estos jóvenes se ha sembrado la semilla de la desconfianza y la retaliación. En algún momento surgirán las consecuencias bajo la forma de un grito fatídico de dolor o el impulso de significaciones negativas que son el cúmulo de una falta de buena voluntad por parte de aquellos que responden a una coerción externa que se ha internado en la raíz de sus propios miedos.

Un joven que actúa desde el miedo, la culpa o la vergüenza, paga un precio de tipo emocional muy alto, pues es como un volcán que va cargando todo por efecto de represión y todo el resentimiento en algún momento explota contra sí mismo y contra otros al quedar rebajada su autoestima. Sin embargo, es posible un cambio de actitud y visión de la vida, es posible garantizar que los jóvenes respondan de una manera solidaria a nuestras necesidades y nuestros valores.

Tanto la violencia como la paz son inculcaciones culturales, temas de la investigación en las cinco universidades públicas del país. Nos dedicamos a recoger muestras del simbolismo cultural político de los jóvenes en fragmentos del lenguaje, de las prácticas, de los referentes simbólicos procedentes de los hábitos culturales, y analizaremos la frecuencia de los usos, los símbolos, signos y las palabras utilizadas por los jóvenes para clasificarlas de acuerdo con las categorías de análisis. El estudio revelará la correlación entre el uso de estereotipos y palabras, relación entre conductas particulares y hechos de violencia que marcaron a los estudiantes como coyunturas disruptivas.

En la raíz de la violencia armada, como la que ha vivido nuestra nación colombiana, existe una creencia o un esquema mental que señala como causa del conflicto la actitud equivocada del adversario, con la consecuente incapacidad de pensar en uno mismo y en los demás desde el ángulo de la vulnerabilidad: qué sentimos, qué tememos, qué anhelamos, qué nos falta, etc. Fuimos testigos de esta peligrosa forma de pensar durante la guerra fría. Nuestros gobernantes veían a los rusos como representantes del «imperio del mal», resueltos a acabar de una vez por todas con el estilo de vida estadounidense. Los líderes rusos, por su parte, tildaban a los ciudadanos de Estados Unidos de «opresores imperialistas» decididos a avasallarlos. Ninguno



de los dos bandos reconocía el miedo que se escondía detrás de aquellas etiquetas.

El repertorio de adjetivos que aplicamos a las personas suele ser más amplio que el vocabulario del que disponemos para describir con claridad nuestros estados de ánimo. Pasé veintiún años en instituciones educativas estadounidenses y no recuerdo que nadie, durante todos estos años, me haya preguntado cómo me sentía. Simplemente no se consideraba que los sentimientos fueran importantes. Lo que se valoraba en estos lugares era «la manera correcta de pensar», definida por las personas que ocupaban puestos jerárquicos y de autoridad. Se nos educa para orientarnos hacia los demás más que para estar en contacto con nosotros mismos. Tenemos metida en la cabeza la siguiente pregunta: «¿Qué quieren los demás que yo diga y haga?».

Una vez, cuando tenía unos nueve años, me ocurrió una cosa con una maestra que ilustra de qué modo puede empezar una persona a alienarse de sus sentimientos. Al terminar la clase me escondí en un aula porque en la puerta de la escuela me esperaban unos chicos que querían pegarme una paliza. Una maestra me descubrió y me pidió que me fuera a mi casa. Al decirle que tenía miedo, declaró:

«Los muchachos no tienen miedo». Unos años más tarde recibí la confirmación de esa misma actitud al practicar deportes. Era típico de los entrenadores que valoraran a aquellos deportistas que estaban dispuestos a «darlo todo» y a continuar entrenando y jugando sin importar el dolor que sintieran. Asimilé hasta tal punto la lección que me pasé un mes jugando al béisbol con la muñeca rota.